

DEBATE SOBRE LA SEGUNDA CONTRADICCION

ENTREVISTA A JAMES O'CONNOR, EDITOR DE CNS*

Nicolau Barceló



Pregunta.— ¿Cree usted que las medidas ambientales que dicen tomar los gobiernos son sinceras, que realmente van a hacer lo que anuncian, que las medidas van en el buen camino, porque al mismo tiempo la degradación ecológica sigue su curso inexorablemente?

O'Connor.— Yo no estaría tan seguro de que los políticos sean tan serios. Me explico. En Inglaterra, en los EEUU, en Alema-

nia, en Francia desde 1991, en Japón, en Malasia y otros países con gobiernos de centro-derecha en los ochenta, la condición por la que se mantienen en el poder, por decirlo crudamente, es enriquecer a mucha gente. Es una cuestión de modelos de comportamiento: en especial en Japón y los EEUU, pero también en Inglaterra, los financieros, especuladores y agentes de comercio, básicamente todos los que se

* James O'Connor, de la Universidad de California en Santa Cruz, es conocido sobre todo por sus libros *La Crisis fiscal del Estado* (1974) y *El significado de la crisis: una introducción teórica* (Ed. Revolución, Madrid, 1989). En los últimos años, y desde las pági-

nas de CNS, ha desarrollado las líneas maestras de un análisis económico-ecológico del capitalismo, análisis que incluye (a través del concepto de la «segunda contradicción») el papel de los movimientos ecologistas.

dedican a la circulación de capital y a la especulación inmobiliaria se están haciendo ricos solicitando e invirtiendo el dinero de las hipotecas de bienes inmuebles en la bolsa. Entonces sube la bolsa y con las ganancias compran más propiedad inmobiliaria. Esto está muy extendido en los EEUU, en Japón y en Inglaterra. No sé si ocurre lo mismo en España...

P.— Sí, aquí ocurre lo mismo, pero bajo un gobierno llamado socialista.

O'Connor.— Claro. Lo mismo ocurriría con un gobierno demócrata en los EEUU o con un gobierno socialdemócrata en Japón. No olvidemos que no estamos hablando sólo de gente muy rica, sino también de gente menos adinerada, por ejemplo de alguien en Japón que tuviera una pequeña parcela sembrada de arroz en lo que ahora son terrenos urbanos que valen millones o de alguien que tenga una pequeña propiedad comercial urbana en San Francisco o en cualquier otra ciudad de EEUU que haya vivido ese boom. A mi modo de ver, después de mucha reflexión y de mucho trabajo de investigación, por decirlo muy brevemente, las condiciones de la existencia de estos gobiernos de centro-derecha están en la burguesía y en la pequeña burguesía, en la propiedad inmobiliaria y su mundo financiero. Han obtenido grandes beneficios en el curso de los años ochenta y están organizados políticamente. Por ejemplo, en los EEUU, donde vota muy poca gente, todos ellos votan. Así, los gobiernos de centro-derecha no están en disposición de hacer gran cosa que pueda ir contra los intereses de esta gente. Eso genera una contradicción entre lo que es bueno para la economía —crecimiento no inflacionario o no originado por la expansión del crédito— y las condiciones políticas para la supervivencia de estos gobiernos. En Japón, por ejemplo, el mercado bursátil ha caído un 40% en los últimos tres años y eso se relaciona con la crisis interna del partido en el poder. Era una crisis que ya estaba escrita.

Este es el telón de fondo. Hay que decirlo así: estos gobiernos de centro-derecha —a no ser Alemania, que tiene una economía muy poderosa y que exporta los bienes de capital más caros y complejos del mundo, caros y buenos, que le convertirían parcial-

mente en una excepción—, por ejemplo la Administración Bush, dadas sus combinatorias electorales, no pueden hacer gran cosa ni ser serios respecto al medio ambiente. Francamente. No sólo por las condiciones políticas de su gobierno, sino también por las condiciones ambientales. ¿Por qué? Están interesados en la tierra como propiedad inmobiliaria o mercancía, en oposición a la tierra como un lugar para vivir o como un bien común.

Buena parte de la destrucción ambiental está vinculada a las coaliciones políticas que mantienen a estos gobiernos en el poder. El ejemplo más elocuente sería esas personas que se dicen sostenedoras del desarrollo —en EEUU lo llaman desarrollo—, que incluye el aprovecharse de los cinturones verdes, tierras abiertas, naves y parques tecnológico-industriales, etc. Estas personas son el pilar del gobierno, la base crucial de la Administración Bush y de los gobiernos de centro-derecha de los Estados, como el nuestro de California. Por eso, para Bush o para el gobernador de California ser serio sobre el uso de la tierra, desde un punto de vista ecológico, es un peligro que puede destruir su base electoral. Así pues, nos podemos encontrar en una situación como la de hace tres semanas, en la que el gobernador de California, dijo públicamente que de ahora en adelante se anulaba la diferencia entre suelo urbano y suelo rústico. ¡Fue un discurso increíble! Eso es solo un ejemplo de lo que estoy diciendo. Se necesita un gobierno que no dependa de la propiedad del suelo ni del capital financiero, porque estos elementos les atan. Se necesita un gobierno más basado en capital industrial, capital productivo, digamos, cuyo interés primordial no sea la especulación del suelo ni el desarrollo urbanístico, sino en asegurarse de que no haya insuficiencia de materias primas, de que no se desperdicien residuos, etc.

P.— En cierto modo, la segunda pregunta enlaza con esto que usted está diciendo: ¿cree usted que la degradación del medio ambiente, es una cuestión de qué, cómo y para quién producimos?

O'Connor.— ¡Esa es una pregunta sin límites! Contestarla supone decirlo prácticamente todo. Deberíamos dividirla en

partes: producción de capital, distribución de capital, intercambio, relaciones, consumo, etc. Pero hablemos de la situación actual intentando no ser muy teóricos al respecto. Nos encontramos en un mundo de «capitalismo de papel» amenazado continuamente con problemas de falta de ganancias. Del lado de la demanda, por la insuficiencia de mercados; del lado de la oferta, por los costes excesivos. Esto tiene que ver con muchas cosas, pero entre otras con la internacionalización del capital: hay muchos más procesos de acumulación de capital en un mismo ámbito y, por tanto, mayor competencia. Cuando nosotros dos no acumulamos capital o lo hacemos muy despacio no amenazamos mutuamente nuestros respectivos mercados, pero cuando yo lo hago rápidamente, amenazo tus mercados y tú tienes que responder e intentar crecer para defender tus mercados y quizás invadir parte de mi mercado. Por tanto, ahora mismo en el mundo, en comparación con veinte años atrás, el capital está muchísimo más orientado a crecer y crecer. De ahí esa obsesión con el cambio tecnológico, tanto en los nuevos procesos productivos como en los nuevos productos. De ahí esa necesidad del capital de rotar más deprisa. Más deprisa, en constante aceleración. La vida va mucho más rápido ahora que hace veinte años, en la década de los setenta, pongamos que en 1973, año de la primera crisis del petróleo. Yo explico a mis alumnos esa mayor velocidad de circulación del capital haciendo que comparen su ritmo de vida con el de sus padres. Todos me responden «mis padres van más despacio que yo». Después les pido que pregunten a sus padres sobre la vida que éstos llevaban cuando eran niños y todos dicen que ahora la vida va mucho más rápido. Ahora hay que vender más deprisa. Más rápido. Los jóvenes hablan más deprisa que los mayores.

P.— ¡Y menos!

O'Connor.— ¡Exacto, menos! ¡Hablan más deprisa y dicen menos! Esto es un comportamiento posmoderno, en el que el capital intenta rotar más rápido para defender su tasa de beneficio. Si uno se pregunta cómo puede hacerlo para que su capital circule más deprisa, la respuesta es saltar por

encima de todo el ciclo de producción del capital e ir directamente a la especulación: especulación del suelo, en los mercados financieros, en los mercados de divisas, etc. En los EEUU, por ejemplo, tenemos tres millones de millones de dólares de M2, que es como se llama a todo el dinero y cuasi-dinero en circulación. Ahora mismo, tenemos 100 mil millones de dólares cada mes destinados a la especulación del suelo y a la especulación bursátil, a una media anual de 1,2 millones de millones de dólares. Más de un tercio del dinero más cuasi-dinero. Increíble. Históricamente, es increíble. Otra forma de abordar este asunto es la siguiente: cualquier empresa de tipo medio a nivel regional, nacional o internacional destina cada vez más capital a la especulación del suelo, a invertir en valores de alta cotización de petróleo, a la compra/venta de divisas. Hace 20 años, por ejemplo, una empresa media estadounidense acudiría al mercado europeo de dólares un viernes para obtener algún dinero durante el fin de semana y hacerlo efectivo el lunes para comprar materiales o para alquilar fábricas. Ahora todas estas empresas hacen esto como algo normal, no sólo para conservar su dinero durante el fin de semana. Incluso tienen todo un departamento para ello. Una empresa compra un terreno, no para construir una planta más, ni siquiera para verter residuos, sino porque ven el suelo como una inversión, como una inversión especulativa.

Enlacemos con el primer punto para dar una imagen general: la relación con el primer punto está en que la presión sobre los beneficios desde el estancamiento de los setenta y el aumento del desempleo en Europa, etc., la desaceleración del crecimiento, la desaceleración de la demanda mundial ha conducido a la necesidad de intentar que el capital rote cada vez más rápido. Si mi capital se ve amenazado, puedo tomar una ruta llena de curvas y pensar qué voy a hacer para producir más y mejor, comprar más materias primas, comprar o alquilar más equipo, y meterme en todos los líos de producir cosas y de vender cosas. Muchos problemas. Para defender mi capital, es mucho más fácil hacer lo que hizo Exxon (es sólo un ejemplo): comprar una empresa

de servicios públicos en Taiwan para presionar artificialmente los precios a la baja. La compró, bajó los precios de sus productos y la volvió a vender. Se la compró al gobierno y la vendió a intereses privados. Para proteger mi capital es mucho más fácil especular. Si tienes gobiernos que quieran aceptar esto y el gran peligro de la inflación. Terminamos en donde habíamos empezado: degradación ambiental unida a gobiernos de centro-derecha, a especulación y a los problemas de defender la propiedad. Los problemas son diferentes de industria a industria, pero simplificando mucho, esta solución es potencialmente muy inflacionaria. ¿Cómo se previene la inflación? La respuesta es generando explotación. Desde el Fondo Monetario Internacional hasta los bancos centrales pasando por los grandes bancos de crédito en todo el mundo capitalista tienen una sola política monetaria: combatir la inflación. Los alemanes son los mejores y los americanos lo hacen bastante bien. Política anti-inflacionaria significa mantener los salarios reales bajos y mantener el paro elevado. Eso reduce la fuerza de los sindicatos. Significa reubicar la industria, lo cual rompe las formas establecidas de poder de los sindicatos. Detroit es el ejemplo clásico. La industria del automóvil no está en declive. Sólo lo está en Detroit, porque se va a otros lugares donde no hay sindicatos. Mantener a un bajo nivel el coste del trabajo: ese es el secreto para prevenir la inflación. Eso es un trabajo de investigación que he estado llevando a cabo durante diez años. Se llama *Disciplina y beneficio*, siguiendo el título de la obra de Foucault *Disciplina y poder*. El subtítulo es *La economía mundial es un teatro de guerra*.

Cerremos el círculo. El único tipo de gobierno que puede realmente mantener los salarios bajos y evitar que los sindicatos tengan demasiada fuerza es un gobierno de centro-derecha. Lo hacen realmente bien. (Por ejemplo en Alemania los sindicatos ya no tienen la fuerza que tuvieron en décadas pasadas). Las fases son: problemas de competencia, problemas de falta de ganancias, problemas por el peligro de estancamiento con inflación o el peligro de crecimiento lento, el incremento de la rotación del capi-

tal (en el que los ordenadores juegan un papel crucial), aumento del crédito y de la especulación y al final el estancamiento de los salarios reales. En EEUU, los salarios reales no han aumentado desde 1973. Para eso se necesita paro y todo lo de siempre. La última pieza de nuestro puzzle la podemos obtener si le preguntamos a un economista marxista: ¿qué pasa cuando aumenta el nivel de explotación? A lo que responderá, bueno, pues hay que compensarla de una forma u otra porque disminuye la capacidad de compra de los trabajadores. Hasta ahora (incluido el país líder: EEUU) se ha hecho mediante aumentos de los créditos al consumo, aumentando el déficit federal y aumento de los créditos al comercio. Así pues, tanto en EEUU (país que he estudiado bien) como en Inglaterra y en Japón, nos encontramos con un ratio entre créditos al consumo y gastos de consumo, créditos al comercio y gastos en comercio, créditos al gobierno y gastos del gobierno siempre creciente a lo largo de los años ochenta.

P.— Todo es monetario...

O'Connor.— Lo cual es muy inflacionario. Y lo sería todavía más si los salarios subieran. Pero no lo han hecho. Así pues tenemos una especie de mercado universal del dinero totalmente especulativo y políticamente capitalizado por los gobiernos de centro-derecha...

P.— ¿Es eso la llamada nueva economía mundial?

O'Connor.— Sí, o nuevo orden mundial. Hasta la fecha esa ha sido la esencia de la nueva economía mundial.

P.— ¿Y eso es realmente nuevo?

O'Connor.— Desde luego es nuevo en comparación con los años cincuenta, los sesenta y los setenta. Es nuevo desde este punto de vista. Creo que la eficiencia con la que trabaja es muy buena. Es mucho más global que en los años veinte. En los años 20, se produjo algo parecido, pero muy localizado. Mira, se tardaron tres años para transmitir el declive y el colapso del crédito producidos por la depresión en los EEUU. Permíteme que lo repita: todo va más rápido. No sólo por los ordenadores, sino por esa obsesión de hacer rotar el capital cada vez más deprisa. Incluso en la guerra del

Golfo: la obsesión era hacer la guerra rápido, deprisa, deprisa. Si esto configura el modelo de desarrollo capitalista de los últimos 20 años, a él se pueden asociar todos los tipos de destrucción ecológica (recursos, residuos).

P.— La degradación ecológica va también más rápido ¿no?

O'Connor.— Ciertamente. Y es de muchos más tipos.

P.— Ahora mismo en Europa, los líderes políticos están discutiendo sobre los impuestos ecológicos como vía para que el capitalismo internalice el deterioro ecológico. ¿Qué opina usted de esto? ¿Será suficiente para frenarlo?

O'Connor.— Hay varias maneras de enfocar este asunto. Ya sé que esta es una solución muy socorrida. Una vez cité a alguien del Worldwatch Institute...ya no me acuerdo...

P.— Lester Brown, director del Worldwatch Institute, es una gran impulsor de esta medida.

O'Connor.— Exactamente. Este es el tipo de capitalismo reformista del que Lester Brown es el más importante reformador y planificador ecológico. Este es su papel y el papel del Worldwatch. Era una institución pequeña, pero ahora es muy importante.

P.— Como le decía esa opción de los impuestos ecológicos es ahora motivo de discusión en la Comunidad Europea.

O'Connor.— Su argumento es que se necesita un nuevo sector que produzca tecnología que evite problemas ambientales y que también produzca tecnología que limpie el medio ambiente. Su argumento es que esto será bueno para la economía en su conjunto, pero sobre todo que se ofrecerán nuevas oportunidades de beneficios para inversores, para fondos de inversión, para fondos de pensiones y para todos aquellos que sean capaces de adentrarse en un nuevo sector floreciente. Todos los sectores económicos, desde que aparecen, siguen una curva más o menos como la siguiente: cre-

cen aceleradamente, crecen desaceleradamente, pasan a depender de algún índice externo (ingresos per capita, por ejemplo) y después caen.

Vienen a decirnos que también el dinero solucionará los problemas ecológicos. Precisamente el mismo agente que ha causado su destrucción.

El capitalismo necesita para funcionar un menor coste laboral constante y un mayor consumo constante de los productos novedosos. ¿Reunirá la industria medioambiental estas condiciones? No puede reunir las dos a la vez. Añadirá costes, al dar valor al medio ambiente.

P.— Por último, podría brevemente exponer cuál es el proyecto de la revista que usted dirige, *Capitalism, Nature, Socialism*, en especial su asociación internacional con otras revistas.

O'Connor.— Sí, queremos abordar, con un planteamiento global, temas económicos y problemas ecológicos. Queremos interpretar la marginación de gente y de ecosistemas y vincularlo con el capital. Este proyecto internacional está formado por cuatro revistas: *Capitalism, Nature, Socialism* en EEUU; *Capitalismo, Natura, Socialismo* en Italia; *Ecologie politique* en Francia y *Ecología política* en España. Se ha constituido un consejo de redacción internacional, una red internacional cualificada (muchas veces a partir de antiguas relaciones de confianza personal), una capacidad de traducción en todas direcciones,... en fin un foro de debate que agrupa los colores rojo y verde sin sectarismos. Algo muy importante: también el feminismo tiene entrada en este foro. Hoy en día las etiquetas ya no significan nada. Los tiempos ya no requieren etiquetas. Una condición para estar asociado a estos *cuadernos de debate* es ser muy abierto. Por eso, por ejemplo, por rigidez fracasó una edición griega. Otra cosa, cuando hablamos de debate tenemos que añadir fluido y evitar que sea retórico e improductivo.